

Señales de vida

**Colección del Melón**  
Libros que piensan la infancia

Dirigida por María Emilia López

**Señales de vida**  
Una bitácora de escuela

**Teresa Punta**

Fotografías  
**Andrés Santamarina**

 **Lugar**  
Editorial

**Colección del Melón**  
Libros que piensan la infancia

Punta, Teresa

Señales de vida : una bitácora de escuela / Teresa Punta ; dirigido por María Emilia López. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2013.

90 p. ; 23x16 cm. - (Del Melón / María Emilia López)

ISBN 978-950-892-444-5

I. Educación Inicial. I. López, María Emilia, dir. II. Título

CDD 372.21

Diseño de tapa: Istvansch

Fotografía de tapa: Andrés Santamarina

Diagramación: Lorenzo Ficarelli

Coordinación editorial: Juan Carlos Ciccolella

Edición de textos al cuidado de María Emilia López

© Teresa Punta, 2013

© de las fotografías, Andrés Santamarina, 2013

*Diría a Teresa, a José Antonio, a José Luis, a Gabriel,  
a Diego, a Pablo, a Carmen, a Micaela, a Agustina,  
a Amanda, a Gisela, a Delfina, a Federico, a Juanito,  
a Allegra, a Georgina, a Marisa, a María Clotilde,  
a Mónica, a Claudia, a Silvia, a Guillermo, a Sergio,  
a Martín, a Jazmín, a Celeste, a Elizabeth, a Javier,  
a Anahí, a Valentina, a Malena, a Elina.  
Y entonces... agradezco y dedico este libro a todos  
aquellos con los que el encuentro me fue tan  
luminoso que me produjo preñeces.  
A los niños que me nacieron de esos encuentros.  
A los niños.*

T.P.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-444-5

© 2013 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555

lugar@lugareditorial.com.ar / info@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/Lugareditorial

---

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

## Prólogo

*¿Cómo serían las cosas y las personas antes de que les hubiéramos dado el sentido de nuestra esperanza y visión humanas? Debía de ser terrible. Llovía, las cosas se empapaban solas y se secaban, y después ardían al sol y se tostaban en polvo. Sin dar al mundo nuestro sentido humano, cómo me asusto.*

Clarice Lispector

No sabía por dónde empezar, había quedado empapada de metáforas; la lectura continuada de cada capítulo en su versión final me había instalado en otra dimensión de la escuela para la que cualquier palabra más corría el riesgo de la impertinencia.

Un signo preestablecido, o “la pieza gastada que se me pone en silencio en la mano” cuando quiero comunicarme, decía Mallarmé. Comenzar por el lenguaje, matar las palabras (o acorralarlas en tanto significantes dados), tal vez un eco de los actos de imaginación que los chicos despliegan en este libro.

Por esos días había leído un libro de Diego Tatián, del que una afirmación casi musical me acompañaba insistente: “La igualdad permite que haya otros. La igualdad es el reino de los raros”<sup>1</sup>. Me pareció necesaria, y me llevó directamente al prólogo que tenía por delante escribir.

La Escuela 4 y sus alrededores, donde se desarrolla la mayoría de las escenas que vamos a compartir, es una especie de laboratorio de la igualdad, una sala de ensayo donde los preceptos de la escuela se enfrentan insistentemente con los estereotipos del lenguaje.

*“Como idea filosófica, la igualdad se opone al privilegio, no a la excepción; a la desigualdad, no a la diferencia; a la indiferencia, no a la inconmensurabilidad; a la pura identidad cuantitativa que torna equivalentes o intercambiables a los seres, no a las singularidades irrepresentables.”<sup>2</sup>*

Dormir abrigado en la cocina de la escuela (en horario de clases), izar la bandera mentalmente, realizar una planificación didáctica de acuerdo al ritmo de las mareas, deambular de aula en aula buscando la opción de aprendizaje más oportuna en ese momento, o la situación que más aloje, o lo que sea que resulte

---

1. Tatián, Diego. *Lo impropio*. Editorial Excursiones. Buenos Aires, 2012.

2. *Ibíd.*

interesante, transitar por la escuela los meses de cosecha y nada más... Escenas que desafían los contenidos de la caja de posibles desde el punto de vista escolar, historias que saltan por sobre los límites del curriculum, de la integración, del respeto a la diversidad como preceptos. Y además, postulan entre sus fines la felicidad y el pensamiento.

La Escuela 4 es también la casa de un grupo de docentes que exploró los modos de estar juntos, más allá del cuerpo y la palabra. Estar juntos en tanto seres capaces de penetrar un problema, hacerlo propio y construir colectivamente esbozos de nuevos significados. Con esto me refiero a algo poco común en la escuela: “inventar” el modo de leer una situación, es decir correrse de los sentidos previos, de las marcas de lenguaje que nombran –y por lo tanto constituyen– los problemas. Si la igualdad se equipara a homogeneidad, muere la diferencia; entonces la escuela es invadida por “los raros”, a los que hay que nivelar, y cuando no expulsar. “Hay que cuidarse de dejar que la mente se vuelva una mente ‘dada’. Una mente dada, rígida, constituida, cuya actividad entonces se paraliza y se encierra dentro de su perspectiva, se vuelve sin saberlo un punto de vista”<sup>3</sup>, dice Jullien. ¿Cuántas acciones de las que organizan la vida en la escuela parten de una mente “dada”? ¿O acaso nos hemos puesto a pensar qué hacer con lo “no dado”, lo que se excede, lo que incomoda, más allá de intentar contenerlo dentro lo conocido? ¿Es posible vivir en un fluido de ideas donde cada situación encuentre su propia resolución, distinta para cada uno, singular y creadora?

En la trama de este libro se tropieza una y otra vez con gestos de singularización, con búsquedas, estelas de creatividad, dolores y resoluciones amorosas y brillantes. Y digo “tropiezos” porque cada una de esos caminos es un desafío frente a las prácticas mayoritarias, incluso frente a algunas de las expectativas de “buena escuela”.

Sospecho que leer *Señales de vida* será un ejercicio vital para cualquier lector, que de estas páginas no se sale como se entró. Y antes de comenzar la navegación, sólo algunos comentarios acerca del ensayo fotográfico que encontrarán en el interior.

Pensamos mucho en la presencia de los chicos en el libro, nos gustaba la idea de que a través de las imágenes se pudiera dar cuenta de sus procesos creativos, también de todo lo intenso que ustedes encontrarán en la lectura. Por eso decidimos realizar una

actividad con ellos, que pudiera registrarse fotográficamente, y que estuviera ligada a la singularidad de esta experiencia.

Fue así como invitamos al fotógrafo Andrés Santamarina, quien viajó a Rawson y realizó un taller de dos días con los chicos de la escuela. Lo llamó “Taller de mirar”. En parte fue una exploración sobre la fotografía estenopeica, también una propuesta de juego sobre la mirada, transitando el extrañamiento, investigando sobre la luz, sobre los modos de ver. Encontrarán más información en el interior del libro.

Decía al principio que me costó encontrar las palabras. Tal vez porque son tantas las imágenes potentes que este libro ofrece que cualquier demora puede convertirse en una pérdida. No hace falta nada más, *Señales de vida*. *Una bitácora de escuela* fue para mí como lectora y editora pura ganancia. Por contundencia, y por hermosura. ¡Ojalá lo disfruten!

María Emilia López  
Directora de la Colección

3. Jullien, Francois. *Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis*. El cuenco de plata. Buenos Aires. 2013.

## Cuaderno de bitácora

*Hace falta en la vida lo que Nietzsche llamó “atmósfera envolvente”. Aquello que da encanto a la vida, que la enamora. Ilusiones, pasiones, amor, relatos, furias quijotescas, imposibles búsquedas, inalcanzables deseos. Pueden no ser verdaderos pero se vuelven verdaderos en las vidas de quienes tienen el coraje de vivirlos. Paradójicamente, quienes encarnan estas irrealidades son vitalizados por ellas. La vida debe ser sostenida y fecundada en la ilusión.*

Ernesto Sábato

¿Cuándo empezaron?, nos preguntan.

¿Qué cambiamos?, nos preguntamos. ¿Cómo fue que fuimos cambiando? ¿Qué éramos, qué somos? ¿Cómo es que lo fuimos pensando?

Fueron sucediendo cosas, nos fueron sucediendo. Y en ese sucedernos, “devinimos”... ¿será?

Sucedió otra escuela, y seguramente otras sucederán.

Las cuestiones más cotidianas y de todos los días (o de una vez al año) se nos hacían vacías, y empezábamos a pensar cómo darles un sentido nuevo, no “llenarlas” de sentido.

Queríamos cambiar lo que nosotras llamábamos “reflexionar” por un movimiento más alegre, algo que afirme, que cree, no movernos en la pura sombra de lo ya pensando.

No queremos seguir sosteniendo referencias antiguas que pertenecen a problemáticas antiguas. Elegimos experimentar e indagar en los nuevos modos de existencia que nos van estallando a cada minuto en las manos.

Ya sabemos que no es muy novedoso, pero por ejemplo, en vez de cantar *Aurora*, cantábamos *Sube* en una bella versión de Mercedes Sosa cada mañana al izar la bandera, y nos aplaudíamos al final. Como dándonos ánimo, como deseándonos belleza en el encuentro que acababa de empezar otra vez.

Y nos contábamos las noticias que teníamos, lo que nos rebalsaba de ganas de salirse del cuerpo:

*–Mi papá tiene auto nuevo.*

*–Tengo un perrito.*

*–Mi mamá empezó a trabajar.*

*–Nació mi hermanita.*

Y entonces aplaudíamos otra vez. Las noticias “de primera” hacían nacer un aplauso diferente. El aplauso decía con su intensidad si ésa era una noticia de primera.

Casi nunca el aplauso nacía de “me compraron tal cosa”. Las noticias de primera son casi siempre de la piel.

*–Mi papá y mi mamá se separaron...–dijo Mauro.*

Hubo un silencio denso. Entonces él preguntó:

*–¿No es una noticia “de primera”?*

Y un compañero empezó a aplaudir y vino el aplauso de todos, para darle ánimo a Mauro... para ofrecernos como compañía en el tránsito que él empezaba y en el cual ya muchos estábamos, y se armó sentada de charla sobre los papás separados. Cuando un tema nos urgía, cuando la charla no podía esperar, nos sentábamos a conversar sobre eso, en ese momento.

8:40 de la mañana y todos los chicos ahí aún con sus mochilas, hablando de una noticia de primera que pedía paso inmediatamente, que no podía esperar hasta mañana.

Chicos de 5, de 6, de 9, de 11 años, pensando modos de transitar mejor una situación que nos acontece, que no podemos evitar, que no facilitamos, que no es nuestra pero nos toca, que es nuestra y nos duele, que después vamos a estar mejor, que todo lo que nos pasa después nos hace bien, que cuánto tarda en llegar “después”.

La escuela me conmueve, está ahí sentada muy oronda, hablando de que los papás de Mauro se están separando.

*–Tere, ¿qué es un proceso?*

Dejarnos en los huecos, hacer espacio para lo que no teníamos ni idea de cómo encarar, pero hacer, de alguna forma, un poco *nuestra* cada situación, que cada cosa que pasa en la escuela nos pase por el cuerpo.

Muchos chicos, muchos adultos, muchas, muchas, diferencias. El “sistema”, el edificio, los nombramientos, los horarios, el currículum, las dietas, las normativas, las licencias, los asuetos, las partidas, la documentación, las reuniones, todo nos era dado, había una forma predeterminada, un modo, una manera ya prevista y también había un ojo atentamente dispuesto a vigilar que ésto fuera cumplido tal como era estipulado. Y nosotros ahí, con todos

esos chicos de todas esas edades diferentes sin poder hacerlos y hacernos caber en casi nada de lo que el paquete de lo dado y esperable tenía.

A veces nos daba risa, a veces nos enojaba, a veces nos paralizaba, y algunas veces nos desesperaba. Y empezamos a jugar, a reírnos, a pensar que podíamos hacer nacer otras formas en esos moldes.

Se me puebla la memoria de imágenes de esos nacimientos, de esas búsquedas por construir continentes capaces de alojar las formas diversas y asistemáticas de nuestros chicos, de sus historias, de nuestro equipo.

El profesor de gimnasia le sacó una foto bella al frente de la escuela y la pusimos como membrete de las notas que enviábamos. ¿Es una tontería? No nos lo parecía; cada nota, cada cosa que querríamos decir salía con una foto celeste y luminosa de la escuela y en esa foto estaba el ojo del que la había tomado, la mano del que había pintado de azul la ventana, la paciencia de la que había hecho el trabajo informático y el sol.

En esa foto estaba la puerta por la que entraban los proveedores y los chicos, los papás enojados a veces y contentos otras, las maestras cansadas muchos días y con entusiasmo la mayoría, yo, la supervisora que nos controlaba y la que vino después, que nos miraba.

En la foto estaba la puerta, y todo lo que por ella entraba y salía. No era sólo un membrete, porque nosotros lo veíamos de otro modo.

Aprendimos a tejer. Empezó primer grado Rocío, la hijita de Malén, que nació mientras Malén era alumna nuestra, pequeñas las dos, una niña criando a otra niña. Malén mirándola desde el otro lado, haciéndole chau con la mano. La fila en la que Rocío entraba al aula, uno atrás de otro con sus compañeritos, más que una fila, se me representaba como una calesita, dando otra vueltas, y otra más, como el mundo...

Muchas lloramos ese día, todas parimos a Rocío.

Se murió Joaquín, en horario de escuela, fuera de la escuela. Estaba "suspendido". Suspendida su asistencia a la escuela. Se había portado mal. La escuela había seguido todos los pasos reglamentarios correspondientes y lo había sancionado con una suspensión. Durante su ausencia, en horario de escuela, en horario en que Joaquín debía estar en la escuela, en horario en que la escuela debía estar ocupándose de Joaquín, se murió en

un accidente automovilístico. Y entonces, como decía más arriba, empezamos a suceder...

Comenzaron los *nuncajamases*. Y fieles a lo que empezábamos a pensar, ninguno fue definitivo.

- Nunca más, nunca más, *nuncajamás* íbamos a suspender a un chico.
- Y después de Cielo, *nuncajamás* un niño iba a repetir el grado.
- Después de Ayrton, *nuncajamás* un niño iba a ser derivado de nuestra escuela a una escuela especial.
- Después de Mauro *nuncajamás* íbamos a pensar que un tema que toque a un niño no era un tema que le compitiera pensar a la escuela.
- Después de Emanuel, *nuncajamás* íbamos a suponer un solo formato de familia ni de nada.
- Después de Frida, *nuncajamás* nos íbamos a cerrar en un único horario de asistencia.
- Después de los porteros Marisa, Amalia, Juan, Pablo, Jorge, Patricia, Ariel, *nuncajamás* íbamos a saber con certeza que lo que había para aprender en esa escuela lo teníamos para enseñarlo sólo los maestros.
- Después de ser treinta personas leyendo un viernes a las 18 hs. o 20 hs. o viendo una película un sábado a la noche, *nuncajamás* creímos que sólo podíamos venir a la escuela cuando era "por plata".

Aprendimos a tejer y a destejer, y a empezar a tejer de nuevo. La lana con rulitos de tanto estar puesta en otros puntos.

La escuela ofrece un juego, se pone en juego, se juega. Y ahora –con este libro– se abre para mirarse y darse a ver. Para largarse a conversar. Para compartir. Para crecer con otros, intentando construir desde una escuela pública una alternativa educativa de convivencia. Y como una caja de sorpresas, creyendo a priori que teníamos una oferta, se nos fue abriendo el asombro en recepciones.

Atravesamos los saberes. Juntamos el cerebro con la piel, lo conceptual con lo actitudinal, la teoría con la práctica, las formas con los fondos, lo real con lo poético, las palabras con las imágenes, los rituales con las emociones.

Y nacimos. La escuela que estaba, la de siempre, una nueva y también, quizás, una que aún no conocemos. Un nuevo ámbito

compuesto. Espacios paralelos y perpendiculares, de servicio y de encuentro, superpuestos y secuenciales, como laberintos, de puro azar y planificados, con olor a papel de cuadernos, a aserrín con gasoil pasado por las galerías, a arroz con leche “pregonado” los martes.

Y otra vez en cada aroma, en cada sonido, en cada luz que estalla se enhebran la historia, el imaginario colectivo del pueblo en el que la escuela vive, las reglamentaciones, con todo lo que nosotros podemos hacer, con lo que nos imaginamos, con lo que nos sale, con lo que sabemos, con lo que sentimos.

La escuela es para aprender y para enseñar. Entendimos que queríamos un encuentro amoroso con los chicos en sus sensibilidades más que propiciar un encuentro de los chicos con los saberes académicos. *Más* que, no en vez de.

Izamos la bandera “mentalmente” cuando llueve.

*–Para que nosotros no nos mojemos, como llueve, la bandera la va a izar Jorge.*

Jorge es el portero y con una gran tranquilidad les decíamos esa frase a los chicos cada mañana que llovía.

*–¡Ah!, qué viva, se va a mojar mi papá* –dijo Kiara, la hijita de Jorge que acababa de empezar primer grado.

Aplauso.

Pensemos...

*–Icemos la bandera mentalmente... –propongo–. Imaginemos el ruidito de la roldana, el olor a tierra húmeda –gesticula mientras les hablo–. ¿Alguien más sabe izar la bandera mentalmente?*

Risas nerviosos, miradas, “Tere no empieces”, comentarios. Los papás también se ríen, un poco.

No lo digo en chiste.

*–Hagamos así, yo la izo que sé, despacito... ponemos la música y yo la voy izando... y una vez que la icé mentalmente, nadie puede decirnos que la bandera no está allí. Si viene la supervisora y nos pregunta “¿pero dónde está la bandera?”, nosotros le vamos a decir “ahí”, y si usted no la ve, tiene un problema con su percepción.*

Todas las maestras nos reímos, estábamos leyendo juntas unos artículos de Peter Pál Pelbart, filósofo y psicoanalista brasileño, que hablaban de los “clichés perceptivos”.

*–Ustedes inténtenlo también* –miro a los más pequeños, creo que son los que más posibilidades tienen de hacerlo; miro a las maestras, las nombro, las invito una por una a izar la bandera mentalmente conmigo.

*–Hagan el ejercicio... quizás no les salga hoy, pero si cada día que llueve la izamos mentalmente, un día les va a salir, y ¡es hermoso!*

Suena la música, cierro los ojos y empiezo a izar la bandera mentalmente, voy dejándome tomar por todas las sensaciones que me invaden, nos nace un clima especial, los chicos me miran, algunos se sonríen nerviosos, me da un poco de vergüenza, me sostengo y sigo.

Mercedes Sosa termina de cantar y aplaudimos.

Algunos pudieron un poquito, “yo voy a volver a probar”, “¿viste que todo lo que nos imaginamos “es”?”, siguen los comentarios.

Cada vez que caían dos gotas, los chicos corrían a pedirnos que la icemos “*mental*”. Cada vez éramos más los que la izábamos, ya no nos daba risa ni vergüenza.

Una mañana, entra a la dirección Juan, uno de los porteros, un hombre mayor, me hace acordar a mi padre. Estoy sumergida en los papeles y las cuentas, esa tarea me supera completamente, me agobia. Juan me dice que me quiere hablar, interrumpo para escucharlo, quizás otro chisme interno de la cocina, me invade un cansancio “suponedor”. Juan se saca la boina y la agarra entre las manos, delante de su pecho. Espera que lo habilite, debe tener más de 60 años.

*–Decime Juan.*

Y Juan me dice:

*–¿Sabe Teresa? Yo le quería decir que a mí izar la bandera mental ya me sale.*

Silvia, la secretaria, estaba al lado mío pasando un fax; me paro y abrazo a Juan. Silvia también nos abraza, ninguno de los tres intenta disimular las lágrimas, ninguno de los tres nos acordamos cuál es el río más importante de Asia, pero los tres izamos la bandera *mental*.

Les sacamos los piojos, les damos doble ración, los dejamos quedarse todo el día, les hacemos camperas a medida, y mientras hacemos las cuentas, con la profunda convicción de que el afecto y los vínculos nos dan sentido y los ayudan a entender mejor “lo de los verbos”.

Nos tomamos un avioncito de papel –volamos con la imaginación– y andamos por las complejidades del conocer, pero si un día no podemos las dos cosas, como somos escuela, sólo nos tomamos el avioncito de papel, porque si los chicos saben andar por ese suelo, creemos que cualquier día, sin que siquiera nosotros estemos cerca de ellos para notarlo, puede germinarles un “saber”, puede florecer una semilla de entonces.

## Otras imágenes

Esperaba en la puerta de la escuela que me vinieran a buscar. También Camila. Había un auto parado ahí cerca con la patente EGC. Le pregunto a Camila si sabe lo que quiere decir. Ella va a 1º grado. Me dice que no. Le digo que quiere decir “El Gato Comió”. Entonces invento: está calentito, tranquilito en su casa...

Camila se queda pensando...

–¿Cómo sabés? –me pregunta.

–No sé –le digo–, lo invento.

Al otro día, entra a la escuela corriendo y me llama. Me muestra la patente del auto de su mamá que espera impaciente, y me dice:

–Adiviná qué quiere decir.

La patente era EEC.

–No sé –le digo.

–Es Ermosa Camila –me dice.



Juan Cruz conversa en la puerta de la escuela con Gonzalo:

–¿Vos creés que vas a pasar de grado?

–No sé.

–Yo sí voy a pasar... de prepo, y que me saquen si pueden...



Sonia se me acerca con una imagen de un pato. La consigna es clasificar una cantidad de animales según si vuelan, caminan, se arrastran o nadan. Me pregunta:

–¿El pato?

–Nada –le digo yo.

Sonia se va, a los dos pasos se da vuelta y me dice:  
-¿Nada de nada?



Eran los primeros días de primer grado y les entregué a los chicos unos papelitos pidiendo algunos datos personales. Javier a los pocos minutos se acerca al escritorio y me muestra que completó el espacio donde pedía el número de DNI.

-¿Es tu DNI? -le pregunto.

-Sí -responde.

-Tiene dos veces el 8 -digo yo.

-Sí, pero acá vale 8 unidades de mil y acá 8 decenas -responde nuevamente. Asombrada le digo: -¿Y el 4 cuánto decís que vale?

Él mira un ratito el número y me dice:

-¿Vos me lo preguntás porque no te lo sabés o porque querés saber si yo me lo sé?

-Porque quiero saber si vos lo sabés -le digo.

Entonces Javier me palmea y me dice:

-Sí, me lo sé -y se sienta.



Clara es la abanderada de la escuela. Vive en una zona rural bastante alejada de la ciudad desde donde llega luego de un viaje en colectivo y en los días de frío o barro se complica más. Le agrada que le avisemos con antelación cuando hay actos. Hemos notado que en esas ocasiones viene especialmente vestida, con zapatos, trenzas en su pelo.

El día del acto del 9 de julio su familia retrasó el viaje de vacaciones de invierno para que ella pudiera cumplir con la escuela. Fue el día más frío del año y la temperatura descendía a varios grados bajo cero.

En el momento en que Clara ya estaba en la dirección preparada con la banda y la bandera en la mano, entra a la dirección Macarena (la primera escolta) llorando, acompañada por una maestra. Se había caído y se había lastimado la pierna, la mano y la cara, y se había ensuciado. Clara se acercó, le extendió la bandera y le dijo: "¿Querés ser abanderada?"



Valentina entra a la dirección y se sienta frente a mí. Gesticula exageradamente con la mano haciendo de avión mientras me cuenta que en las vacaciones de invierno va a ir a Buenos Aires y va a ir a comer a un lugar en donde le van a dar una caja con un juguete, que viene con una hamburguesa.

Si cuento los porotos muchas veces, se rompen... tengo una decena de porotos rotos... dos decenas de medios porotos... ¿qué hago? ¿Armo dos decenas de medios porotos o tiro una y me quedo con una decena sola? ¿Qué importa, las decenas o los porotos enteros? (Maximiliano)



Estábamos atravesando un momento complicado en la escuela, algo nos había pasado que requería de nuestros días completos; estábamos cansadas y un poco angustiadas pues no podíamos encontrar una salida. Una de esas mañana, Amalia limpiaba la dirección a mi alrededor mientras yo trabajaba.

-¿Y?, ¿cómo estás? -me pregunta.

-Bien, Ama -le respondo-, pero muy cansada.

-Y sí... - me dice-, esto es a cuerpo puesto.



Cuando pintás un cuadro, te imaginás qué podría estar pasando ahí. Cuando hacés una cuenta también pensás, pero es distinto -dice Sebastián-; a la cuenta no le podés agregar nada, al cuadro le podés agregar hasta que vos quieras.



Micaela cuenta lo que vio en la exposición:

-Los cuadros eran relindos. Vos podías encontrar formas aunque fueran mamarrachos. Había una mancha redonda y vos podías ver un auto.



-Lo primero que necesito hacer para hacerte el trabajo, es inspirarme. Lo segundo marcadores. (Claudia a la maestra de plástica)



–A veces empezás haciendo un mamarrachito que en cualquier momento puede pasar a ser un dibujo... (Selena)

–Yo me imagino cómo va a ser el dibujo y me sale bien. Por ejemplo me imagino un árbol con el tronco violeta. Dibujo el árbol, pinto el tronco de violeta y entonces lo que yo me imaginé en la realidad existe. (Nataly)



Les dábamos cada tanto a los chicos de primer grado una fotocopia con cuatro imágenes para ver cómo iban evolucionando sus hipótesis de escritura. Julieta escribía presilábicamente. La tercera vez que se la dimos dijo:

–Esto ya te lo escribí mil veces, mirá... ¿ves?  
Y volvió a escribirlo.



–Acá te traigo mi cuaderno –dijo Fermín entrando a la dirección–. Y mirámelo, dale, porque si no mi mamá no se deja de joder.



## Índice

<b>Prólogo</b>	
Por María Emilia López.....	7
<b>Cuaderno de bitácora.....</b>	11
<b>Capítulo 1</b>	
<b>NEBAY.</b> ¿Qué es aprender?.....	19
<b>Capítulo 2</b>	
<b>FRIDA.</b> La inclusión y la exclusión en un mar de posibilidades.....	25
<b>Pequeñas indagaciones sobre la mirada</b>	
Texto y ensayo fotográfico de Andrés Santamarina.....	31
<b>Capítulo 3</b>	
<b>CIELO.</b> La era de los deambuladores.....	33
<b>Capítulo 4</b>	
<b>AYRTON.</b> De un diagnóstico de ADD a las formas amorosas de autorregulación. ....	41
<b>Capítulo 5</b>	
<b>CAMILA.</b> La afectación recíproca y la construcción de comunidad. ....	47
<b>Capítulo 6</b>	
<b>GABRIEL.</b> Familia con familia .....	53
<b>Capítulo 7</b>	
<b>EMANUEL.</b> Armando [y descubriendo] familias .....	59
<b>Capítulo 8</b>	
<b>RITA.</b> Vaivenes de un tránsito asegurado.....	71
<b>Capítulo 9</b>	
<b>MIGUEL.</b> Un carozo con instrucciones.....	77
<b>Otras imágenes.....</b>	85

